CAPITULO V

CÓMO DURANTE SU NOVICIADO, DIOS PREPARA Á LA BIENAVENTURADA Á LA GRAN MISIÓN QUE VA Á CONFIARLE.—SU PROFESIÓN.

(20 de Junio de 1671.—6 de Noviembre de 1672.)

Ecce venio ad te quem amavi, quem quaesivi, quem semper optavi.

He aquí que vengo á vos á quien he amado, á quien he buscado, á quien siempre he deseado.

(*Brev. Rom.*, Ant. de Sta. Inés.)

La primera palabra que la venerable madre Thouvat dirigió á la Bienaventurada, al día siguiente de su entrada en Paray se ha hecho célebre. Como Margarita, abrasada del deseo de entregarse por completo á Dios, fuese á preguntar á su maestra cuáles eran los medios para conseguirlo, y le suplicase en particular la enseñara el secreto de hacer oración: "Id, le dijo, poneos delante de Dios, como lienzo preparado delante un pintor.„ Palabra inmensa en su brevedad y en la cual se halla todo el secreto de la ora-

ción [1]. Arrodillarse á los pies de Nuestro Señor, contemplarle, dejar su santa imagen dibujarse á nuestros ojos, ó más bien imprimirse en nosotros; presentarle para esto una alma sencilla, pura, recogida, como esas bellas láminas de plata sobre las cuales, merced á los descubrimientos de la ciencia moderna, nuestra imagen se imprime por completo; he aquí el verdadero método. La Bienaventurada fué, pues, á prosternarse en silencio á los pies de Nuestro Señor; y "tan luego como allí estuve, dice, mi soberano Maestro hízome ver que mi alma era aquella tela preparada en la cual quería pintar todos los rasgos de su vida paciente, que transcurrió en el amor, el silencio y el sacrificio, hasta su consumación, pero que, para hacer esta impresión, era preciso ante todo que la purificase de todas las manchas que le quedaban, así por la afición á las cosas terrenas como por mi amor propio y el de las criaturas, por las cuales tenía mucha inclinación [2].„

Desde aquel punto, Margarita sintió encenderse en ella un deseo tan ardiente de sufrir, que no tuvo ya reposo alguno. Su único pensamiento era saber cómo podría crucificarse demasiado por un Dios que se había dejado crucificar por ella. En vano había guardado intacta la blanca vestidura de su bautismo; en vano había

1 Esta palabra *una tela preparada,* era usadísima en Paray y pertenecía a las más antiguas tradiciones de la casa. En 1628, una de las seis primeras religiosas fundadoras había caído enferma, y sufriendo horribles dolores, se la oyó exclamar: ¡Oh dulce mano de mi esposo, dibujad, dibujad! Preguntóle la superiora qué quería decir con eso.—"Madre mía —respondió—es que me he puesto delante de Dios como una *tela preparada* delante de un pintor; y le suplico que dibuje en mí la imagen perfecta de Jesucristo.„ (*Año Santo,* tom. x, pág. 181.)

2 *Memoria,* pag. 313.

hecho voto de virginidad á los tres años de su edad y lo había renovado á los diez y seis; en vano á los veintitrés había puesto entre ella y el mundo las rejas impenetrables de un convento; no era todo esto bastante para el amor más grande que se encendía en su pecho. Su vida, con ser tan pura y todo, le causaba horror. Habría querido lavarla con sus lágrimas, bañarla en su sangre, perseguir en sus mismas venas los últimos restos del pecado. ¡Oh lágrimas de Margarita! ¡Azotes sangrientos! ¡Varas vengadoras! ¡Sed inextinguible de humillación y de penitencia! ¡Santas industrias para lavar, purificar y embellecer su alma, y prepararla á la venida del Esposo! ¿Cómo podré pintaros? Fué preciso que San Francisco de Sales interviniese para poner límites al ardor de la joven postulante. Un día, sonriendo, había dicho á sus hijas reunidas que si olvidaban el espíritu de moderación y de dulzura en que quería que viviesen, para arrojarse en austeridades contrarias á sus reglas, El volvería y haría tanto ruido en sus celdas, que las obligaría á comprender que contravenían á su voluntad. Margarita supo algo de esto. "Mi bienaventurado padre, dice, me reprendió tan fuertemente por traspasar en este punto los límites de la obediencia, que en lo sucesivo no tuve el valor de hacerlo.—¿Pues qué, hija mía—me dijo—piensas tú agradar á Dios pasando los límites de la obediencia? Ella es y no la práctica de las austeridades, la que sostiene esta congregación [1].

Pero si San Francisco de Sales tuvo que intervenir para moderar aquella sed de inmolación y de penitencia que se despertó más fuerte que nunca en el corazón

1 *Memoria*, pág. 314.

de Margarita el día que franqueó la puerta del convento, no pudo menos que bendecir y alentar en ella otro deseo que apareció al mismo tiempo, el de arrojarse á plomo, como ella decía, en la obediencia, en la humildad, en el desprecio de sí misma, y de alcanzar hasta donde le fuese posible toda la perfección de su santo instituto. Ser una religiosa á medias le inspiraba horror. ¡Y en verdad que no vale la pena de dejar al mundo por tan poco! Llamábase entonces á las Hijas de San Francisco las *Santas Marías*. Resolvió, pues, Margarita ser en toda la extensión de la palabra una *Santa María*. Veremos bien pronto cómo lo cumplió.

Dos meses transcurrieron en estos pensamientos, al cabo de los cuales diósele el santo hábito. Era el 25 de Agosto de 1671, día de San Luis. Ella misma redactó y escribió de su puño y letra el acta en el registro de las tomas de hábito.

"Yo, Margarita Alacoque, hija del finado Sr. Claudio Alacoque y de la señora Filiberta Lamyn, mis padres, de edad de 23 años, con plena deliberación y expreso consentimiento de mi madre, después de haber estado dos meses en la casa y de ver y considerar las reglas de la misma, he pedido voluntariamente que se me dé el hábito en el Rango de las Hermanas Coristas de esta Congregación; el cual he obtenido por la gracia de Dios, habiendo con el hábito cambiado de nombre y recibido el de Margarita María, hoy día 25 de Agosto de 1671.

„Sor Margarita María Alacoque.„

Ninguna otra noticia se ha conservado acerca de la ceremonia, si no es que dos de sus compañeras de noviciado han declarado que su rostro resplandecía de modestia, de humildad, y que una luz preciosa iluminaba todas sus facciones [1]. Débil indicio de lo que pasaba en el fondo de su corazón; porque aquel mismo día Nuestro Señor se le mostró como el verdadero amante de su alma, el que había preferido á todo, y que de aquella suerte la recompensaba de todo lo que había dejado por El. "Mi divino Maestro, dice, hízome ver que aquel era el tiempo de nuestros desposorios, y que á la manera de los amantes más apasionados, me haría gustar de cuanto hay más dulce en la suavidad de las caricias de su amor. Y, en efecto, añade Margarita, ellas fueron tan excesivas, que me ponían á menudo fuera de mí y me quitaban todo movimiento: lo que me sumergía en una confusión tan profunda, que no osaba ya ni presentarme [2]." Torrentes de lágrimas corrían de sus ojos. Otras veces su rostro se volvía brillante como un astro. La mayor parte del tiempo estaba absorta como si no tuviese ya más que su cuerpo sobre la tierra. Las hermanas comenzaron á maravillarse de todo esto y á decirse: ¿Qué es, pues, de esta pequeña novicia? ¿Qué pasa en ella?

Lo que pasaba en ella nadie lo supo por entonces, y hasta mucho tiempo después fué cuando la obediencia, más fuerte que la humildad, le arrancó el secreto de las maravillas con que se vió honrada desde los primeros días [3]. Apenas hubo, en efecto, tomado el hábito, cuando recibió de Dios una gracia extraordinaria y rarísima en la historia de la santidad. Nuestro Señor comenzó á aparecérsele, no de tiempo en tiempo, no de lejos en lejos, como se le ve en la vida de Santa Catalina de Sena ó de Santa Teresa, sino de una manera continua y permanente [1]. "Le veía, dice, le sentía cerca de mí; le oía mucho mejor que si hubiera sido con mis sentidos corporales, por los cuales habría podido distraerme para apartarme de El; y no podia yo poner obstáculo alguno porque todo se verificaba sin participación mía." Y luego añade: "Me honraba con sus coloquios algunas veces como un amigo, ó como un esposo inflamado de amor, ó como un padre lleno de tierno cariño por su hija única, y así de otras maneras [2]."

1 Proceso de 1715. Declaración de la hermana Contois.
2 *Memoria*, pág. 314.
3 *Memoria de la Madre Greyfié sobre la vida y virtudes de nuestra virtuosa hermana Margarita María.* Esta Memoria, que no tiene arriba de 30 páginas, es preciosísima. La citaremos á menudo.

Había en este raro y maravilloso privilegio, en esta divina presencia, menos vista que sentida, pero continua y penetrante, dos aspectos diversos y como dos polos que Nuestro Señor le mostraba sucesivamente. Margarita María, no sabiendo cómo definirlos, llamábalos al uno la santidad de justicia, al otro la santidad de amor. El primero, la santidad de justicia, haciala estremecerse del estupor al ver aquella majestad infinita. Le imprimía no sé qué sentimiento de abnegación y anonadamiento que le hacía desear ocultarse en el abismo de su nada. No se atrevía á estar sino de rodillas ante aquella majestad tremenda. Una multitud de testigos,

1 Parecerá á primera vista que este admirable privilegio no fué conferido á la Beata sino después de su profesión. Ella no lo refiere, en efecto, sino á aquel momento. Pero en otros dos pasajes dice expresamente que de aquel singular don gozaba desde antes.
2 *Memoria*, pág. 319.

oídos en el proceso de canonización, han depuesto que, cuando estaba sola, trabajando, leyendo, escribiendo, lo hacía siempre arrodillada, cual si estuviese agobiada de respeto ante la presencia de un ser invisible. "Estaba tan unida á Dios, dice sor María Nicole de la Faige, sea que trabajara, escribiera ó leyera, se la veía siempre de rodillas con tal recogimiento, que se habría dicho estaba en la iglesia; añadiendo la declarante que la había visto muchas veces tres ó cuatro horas seguidas en la misma posición de rodillas, inmóvil, como absorta en Dios, y que la ha encontrado toda bañada en lágrimas [1].„—"He sido frecuentemente testigo, dice sor María Chevalier de Montrouan, ursulina, antigua alumna de la Visitación de Paray, de que trabajaba siempre de rodillas y su recogimiento era tal, que la curiosidad me ha llevado á menudo á mirarla largo tiempo y á invitar á mis compañeras á venir á verla; lo que ellas hacían sin que Margarita lo notase, tan absorta así se hallaba en Dios [2].„—"Esta unión con Dios, dice otra testigo, era de tal naturaleza, que se habría dicho que perseveraba hasta en el sueño [3].„

Pero trabajar de rodillas por respeto hacia aquella majestad infinita que la acompañaba á todas partes, no era en Margarita sino el menor de los efectos de la santidad de justicia. Había querido anonadarse ante ella y que todas las partes de su ser fuesen destruidas, porque no veía ninguna que fuese pura. No pudiendo empero aniquilarlas, esforzábase á lo menos por sujetar-

1 Proceso de 1715. Declaración de sor María Nicole de la Faige de Claines.
2 Ibid. Declaración de sor María Chevalier de Montrouan.
3 Ibid. Declaración de sor Contois.

las á la inmolación y al sacrificio. Si no se le hubiesen arrancado las varas de las manos, dice la madre Greyfié, se habría quedado toda bañada en sangre á cada momento [1].„

He aquí lo que producía la vista de lo que llamaba la santidad de justicia: si de aquí Dios Nuestro Señor la hacía pasar á la vista de la santidad de amor, era como si se encendiese delante de ella un astro mil veces más ardiente. Se puede soportar la vista de la justicia y majestad divinas; pero ninguno soportará jamás la vista del amor infinito. Ser amado en la tierra, ser amado por una persona noble, elevada, delicada, distinguida; ser amado con fidelidad y sin reserva, ¡qué encanto! ¡Pero ser amado por Dios y amado hasta el exceso! Margarita se deshacía de amor, pensando en esto. Y como en otro tiempo San Felipe Neri, ó como San Francisco Javier decía á Dios: Suspended, oh Dios mío, esos torrentes que me abisman ó aumentad mi capacidad para recibirlos [2].

No se contentaba Dios Nuestro Señor con acompañar así por todas partes á la joven novicia, lanzando sucesivamente sobre ella los rayos de su justicia y de su amor; sino que se le aparecía de tiempo en tiempo de una manera visible. Le hablaba, la alentaba en sus penas, la consolaba en sus sacrificios, la reprendía en sus faltas. Un día que había hecho no sé qué con alguna negligencia, "sabe, le dijo, que soy yo un maestro santo y que enseña la santidad, que soy puro y no puedo sufrir la menor mancha„; y le dijo esto con un tono tal, que no hay dolores ni suplicios que puedan comparársele [3].

1 Memoria de la madre Greyfié.
2 Memoria de la madre Greyfié, pág. 317.
3 Memoria, pág. 323.

"En otra ocasión, dice, habiéndome deslizado á algún movimiento de vanidad hablando de mí misma, ¡oh Dios, cuántas lágrimas me costó esta falta!, porque cuando estuvimos solos reprendióme con rostro severísimo, diciéndome: ¿qué tienes tú, oh polvo y ceniza, de que poder gloriarte, puesto que de ti misma no tienes sino la nada?; y para que no puedas olvidarte de lo que eres, quiero ponerte el cuadro delante de los ojos„ y al punto hízome ver un bosquejo de lo que soy, lo que me sorprendió tan fuertemente, causándome tanto horror de mí misma, que si El no me hubiera sostenido habría desfallecido de dolor; este era el suplicio con que castigaba en mí los movimientos de vana complacencia; lo que me obligaba algunas veces á decirle: ¡oh Dios mío, tened piedad de mi!, ó hacedme morir ó apartad de mi vista ese cuadro, pues yo no puedo vivir viéndolo. Porque ese cuadro, imprimiendo en mí deseos de odio ó de venganza contra mí misma, y no permitiendo la obediencia sujetarme á los rigores que aquéllo me sugería, me es imposible explicar todos los sufrimientos que yo experimentaba [1].

Por severo, sin embargo, que fuere Dios Nuestro Señor, tratándose de las faltas contra la virtud de religión, de las faltas de respeto ante el Santísimo Sacramento, de las faltas de rectitud, de pureza de intenciones y de humildad, nada igualaba su inflexible severidad respecto de las faltas contra la obediencia. Las más grandes virtudes, sin contar con ésta, se convertían en crímenes; los más violentos sacrificios, en frutos corrompidos dignos de su cólera. "Te engañas, le decía, pensando agradarme por medio de esas acciones y mortificaciones. Me agradaría más que un alma aceptase sus pequeñas comodidades y obediencia, que el que se agobiase con austeridades y ayunos por su propia voluntad [1].„ Todo esto se lo decía Nuestro Señor tan á menudo, tan precisamente, con tales términos, bajo imágenes tan vivas, que me resolví, dice, á morir primero que traspasar, aunque fuese en muy poco, los límites de la obediencia [2].

1 Memoria, pag. 330.

Así, tierno y bueno para esta alma, como lo es para con todas las almas, mostrando solamente un poco más su acción porque ésta se hallaba destinada á una misión grande y peligrosa, Nuestro Señor la formaba El mismo, le hacía subir rápidamente los primeros grados de la perfección, y la ponía poco á poco en estado de recibir en la humildad y en el completo olvido de sí misma las más divinas comunicaciones. "Nada me era difícil, escribe, porque tenía El todavía en aquel tiempo todo el rigor de mis sufrimientos absorto en la dulzura de su amor. Le suplicaba con frecuencia retirase de mí aquella dulzura, para dejarme gustar las amarguras de sus angustias y agonías. Pero me respondía que me sometiese á su dirección, y que vería más tarde cuán sabio y prudente director era el que sabe conducir á las almas, cuando éstas se abandonan á él olvidándose de sí mismas [3].

Sin embargo, en tanto que las cosas pasaban de esta manera en el alma de la bienaventurada Margarita, las hermanas que no veían sino el exterior, comenzaban á

1 Memoria, pag. 330.
2 Ibid., pag. 324.
3 Ibid., pág. 325.

admirarse y alarmarse. En vano la humilde novicia se esforzaba en ocultar las gracias de que estaba colmada; esas gracias transpiraban á lo exterior.

Lo que admiraba más á las hermanas, no eran solamente aquellas largas horas que pasaba de rodillas en su celda, aquel rostro radiante, aquellos ojos llenos de lágrimas: era una especie de absorción de que era preciso sacarla á cada paso. Todo se le caía de las manos. Lo olvidaba todo. La pobre joven tenía el alma en el cielo; se gobernaba mal en los negocios de la tierra. Las superioras estaban aún más inquietas que las hermanas, y desde los primeros días la maestra de novicias, la madre Thouvant, creyó deber declarar á la Bienaventurada que toda aquella manera de obrar no estaba conforme con el espíritu de la Visitación, y que si no se apartaba de ello no se le recibiría á la profesión [1].

Esta frase sumergió á Margarita en una grande desolación y trató de arreglar aquel género de vida. Pero, ¿cómo hacerlo? "Aquel Espíritu, dice, había tomado ya tal imperio sobre el mío, que no me dejaba libre mis otras potencias, pues estaban absortas en él [2]."

Lo que la venerable madre Thouvant deseaba, y era justo pedir á la Bienaventurada, tan joven y que podía ser aún tan inexperta, era que renunciase á todas aquellas luces extraordinarias, y que siguiese por la oración el camino llano que se enseñaba á todas las novicias. La Bienaventurada no vacilaba en obedecer, pero todos sus esfuerzos eran impotentes. "Hacía, dice, todos mis esfuerzos por aplicarme á seguir el método de

1 *Memoria*, pág. 14.
2 Ibid., pág. 320.

oración que se me enseñaba con las otras prácticas; pero nada de eso se fijaba en mi espíritu. Costábame trabajo leer mis puntos de oración; todo se me confundía, y no podía aprender nada ni retener sino lo que mi Divino Maestro me enseñaba. Esto me hacía sufrir mucho, porque se destruían de esta suerte todas sus operaciones en mí; y yo combatía contra El cuanto era posible [1]."

Era la lucha de Jacob contra el ángel, y de ella salía destrozada, herida, pero ganando más y más el corazón de su maestra por su admirable obediencia.—Para ayudarla en esta obra, y para vencer, si fuese posible, aquel estado de abstracción que era lo que la comunidad comenzaba á notar más, se la confió á los cuidados de sor Catarina-Agustina Marest, enfermera, con orden de hacerla trabajar mucho y de no dejarla un momento de reposo. La elección no podía ser más acertada. Sor Marest era "incomparable en fuerzas de espíritu y de cuerpo"; activísima y muy poco dada á la contemplación, cuidábase muy poco también de todos esos misterios de dirección, como ella decía graciosamente; no conociendo sino su regla, ni más, ni menos; pero llevando la observancia de esta regla, cuando era preciso, hasta el heroísmo. A esto juntaba un amor de Dios, no tierno ni contemplativo, pero inflamado y ardiente: era una verdadera Marta, ¡y he aquí á quién se asociaba una María! Sucedió lo que se lee en el Evangelio. Marta se quejaba de María, arrebatada, á pesar suyo, en santos éxtasis y recayendo sin cesar de la acción que se trataba de imprimirle en el dulce sueño de la

1 *Memoria*, pág. 320.